

EL CABECILLA



PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Un mes 1 pesetas.

Tres meses... 2,50 »

Seis meses... 5 »

Un año..... 9 »

Número atrasado. 50 céntos.

Número suelto... 15 »

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

EXTRANJERO.

Un trimestre... 5 pesetas.

Un semestre... 9 »

Un año..... 15 »

ULTRAMAR.

Seis meses... 3,50 pesos.

Un año..... 6 »

PERIÓDICO MONTARAZ DE PURA RAZA.

(SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.)

REDACCIÓN.

DIRECTOR GERENTE

ADMINISTRACIÓN.

Cuesta de Santo Domingo, 12, ent.º izq.º

D. RAFAEL BALANZÁTEGUI,

AL CUAL SE DIRIGIRÁ TODA LA CORRESPONDENCIA.

Cuesta de Santo Domingo, 12, ent.º izq.º

RETRATO DE CUERPO ENTERO.

«DE TODAS VERAS, Y PARA SIEMPRE, ME HE APARTADO, DESDE EL 21 DE ABRIL, DE LA VIDA POLÍTICA.»

(Carta del Sr. Nocedal á D. A. Aparisi y Guijarro en 1872.)

UNA CARTA Y UNA PROTESTA

Con este mismo epígrafe publicó *La Fe*, en su número del día 16, los escritos siguientes:

«Arranco de cuajo de la primera columna de la primera plana del periódico del Sr. Nocedal lo siguiente, que suplico á mi amigo el Director de *La Fe* publique con las líneas que he escrito al pie:

«El lunes 9 de este mes de Octubre, dos oficiales, que fueron, del ejército carlista, entregaron en propia mano, á D. Rafael Balanzátegui, una carta del Duque de Madrid.

«Al mismo tiempo recibimos nosotros copia de ella, con orden del Duque de Madrid para publicarla si á los dos ó tres días no había visto la luz en *La Fe* ó *EL CABECILLA*.

«Hemos esperado toda la semana. Y no habiéndola publicado ninguno de los dos periódicos rebeldes, la insertamos á continuación:

«VENECIA 4 de Octubre de 1882.

«A D. Rafael Balanzátegui.

«Acaba de llegarme la Exposición que me has dirigido.

«En ella invocas un nombre venerando, que nadie había profanado todavía: el de tu padre.

«El mártir leonés me pertenece tanto como á ti, por lo menos. Es una de las glorias de mi España, y debo velar celosamente porque no empañe sombra ninguna su memoria.

«Debíasle tú hasta ahora la honra de haberte legado un nombre glorioso. De hoy en adelante, agrádecele una honra más: la de que..... volvíde por un momento tu desacato.

«Por la memoria de tu padre no te confundo con los malos españoles que te han extraviado, y te contesto.

«Rebeldes son los que, abusando de tu inexperiencia, te han puesto la pluma en la mano. Rebeldes de mala fe, propaladores de invenciones que les consta ser falsas.

«A sus agravios anteriores, añaden ahora el de explotar el nombre inmaculado de tu padre.

«Si tus sentimientos de hijo te permiten consentirlos, mis sentimientos de..... guardador de las glorias nacionales, no me permiten tolerarlo.

«Que Dios te guarde y te ilumine.—CARLOS.»

«El año de 1869 era fusilado mi honrado padre; en Marzo de 1873 salía yo para el Norte, no habiendo aún cumplido veinte años; desde aquel año hice toda la campaña en el escuadrón del Rey, primero, y luego en el regimiento de caballería de Borbón: en Febrero de 1876 entré en Francia, el mismo día que D. Carlos, permaneciendo emigrado dos años, y volviendo al cabo de ese tiempo al lado de mi madre viuda, dos veces

desterrada, y que tuvo constantemente embargados sus bienes mientras duró la guerra.

Después, y hasta hoy, como desde el día en que fué fusilado mi padre hasta el último en que una por una agoté todas las penalidades de la emigración, infinitamente más acerbos que los peligros de los combates, ni un solo día, ni una sola hora he dejado de sentir y de pensar como pensé y sentí desde el momento en que mi padre, al exponerse al martirio, me consagró á él. Y hoy soy lo que he sido, y mi padre me mandó que fuese: soldado de la Religión, de la Patria y de la Legitimidad que preste toda su fuerza y todos sus derechos á la causa de la Religión y de la Patria.

«Si yo he desacatado á D. Carlos de Borbón al dirigirme á El en una exposición que á mi entender todo súbdito puede dirigir á su Soberano, protesto de que no ha sido esa mi intención. Pero con mayor energía y convicción, si cabe, protesto contra las palabras con que viles cortesanos y consejeros traidores se atreven, abusando de un nombre augusto, á profanar á un tiempo mismo los sacrosantos principios por los que tantos mártires han dado su sangre, las cenizas de esos mártires y la lealtad probada y acrisolada de los hijos de esos mártires y de los defensores de esos principios.

«Protesté dentro de mí contra esa cínica profanación al recibir la carta de D. Carlos de Borbón, escrita en Madrid ó inspirada desde Madrid; hoy, publicada esa carta en el periódico de D. Candido Nocedal, protesto en público; y no es necesario que justifique mi protesta, porque estoy seguro que brotará espontáneamente de todos los corazones verdaderamente carlistas.

«No puede haber alma honrada, corazón hidalgo, español digno de este nombre que pueda creer que un Soberano, un Borbón, D. Carlos, quiera robar al hijo de D. Pedro Balanzátegui lo único que le ha quedado, la honra de seguir las huellas de su padre, y esto por haberle dirigido una respetuosa exposición, inspirada en los más puros sentimientos realistas y en la lealtad más acendrada, á la vez que fundada en los hechos más evidentes.

«Y digo más: nadie á quien quede un resto de dignidad se explicará que un Soberano, un Borbón, Don Carlos, encargue una ejecución más triste mil veces que la de Valcovero, al hombre que tantas veces ha ultrajado á los carlistas y á sus Principes, al hombre que, pagado por nuestros enemigos y sirviendo á nuestros enemigos, está hollando todos los principios de nuestra comunión, escarnece las cenizas de los muertos y afrenta la lealtad y la dignidad de los vivos.

«Bendito sea Dios! No hay nadie, nadie que pueda dudar de que D. Carlos de Borbón está secuestrado por los mayores enemigos de la causa carlista y de su nombre. Porque es claro que nadie puede creer que un caballero, un Borbón, un Soberano, D. Carlos, pueda arrojar al rostro de un hijo, carlista leal, la sangre de su padre, vertida por él, insultándole además en su lealtad porque se ha atrevido á decirle que no puede obedecer servilmente al hombre que ha figurado al lado de los verdugos de su padre, y que no ha tenido un solo recuerdo para este padre en tristes aniversarios.

«Por lo demás, convencido del infame secuestro, recuerdo el mandato de mi padre, y digo hoy como él dijo y yo he repetido tantas y tantas veces:

«¡Viva la Religión, viva la Patria, y viva el Príncipe que sirve á la Religión y á la Patria!—RAFAEL BALANZÁTEGUI.»

Ni podemos ni queremos hacer el más ligero comentario acerca de los anteriores documentos. Léanlos con detenimiento nuestros amigos, y juzgue cada cual de ellos con arreglo á sus sentimientos y conciencia.

Sin embargo, debemos decir dos palabras en justa alabanza del honradísimo proceder de nuestro querido amigo y compañero el Sr. Balanzátegui.

Es cierto que el Sr. Balanzátegui recibió el día 9 la carta del Sr. Duque de Madrid que acaba de leerse; pero también lo es que el Sr. Balanzátegui quiso devorar en silencio el dolor y la amargura que semejante carta produjo en su ánimo, antes que lanzarla á la publicidad, con la cual hubiera podido conseguir, si su amor á la causa no fuera tan profundo y su lealtad tan grande, la satisfacción que tantas veces ha logrado ya el hombre funesto de nuestra comunión: la de ver al Príncipe en el palenque de la pública discusión, maltratado por sus enemigos, así como insultado y escarnecido en su más alta representación al gran partido carlista.

Pero nuestro querido amigo, que, á pesar de todo, hubiese publicado inmediatamente la carta de haber podido presumir que tal era el deseo ó mandato de D. Carlos; nuestro amigo, que ama con todo el amor de un alma grande y noble la causa por la que tan generosamente dió la vida su inolvidable padre, y tiene hacia el Príncipe un respeto altísimo, no podía cometer semejante acto de villanía ni de baja. Estos, y otros actos, sólo están reservados al Excmo. Sr. don Candido Nocedal y Capetillo, único hombre, dentro de nuestra comunión, capaz de traicionar la causa y de perder al Rey.

¡Dichoso el día en que podamos arrojar á los antros de donde jamás debió haber salido, á este hombre, que, para desdicha y vergüenza nuestra, se llama jefe de la gran comunión católico-monárquica!

Y felices todos si llega pronto la hora en que, abrazándonos como hermanos queridos, marchemos alegres y animosos por la senda que lleva al objeto de nuestras aspiraciones, de nuestros desvelos y de nuestros sacrificios: al triunfo de la Religión, de la Patria y del Rey.

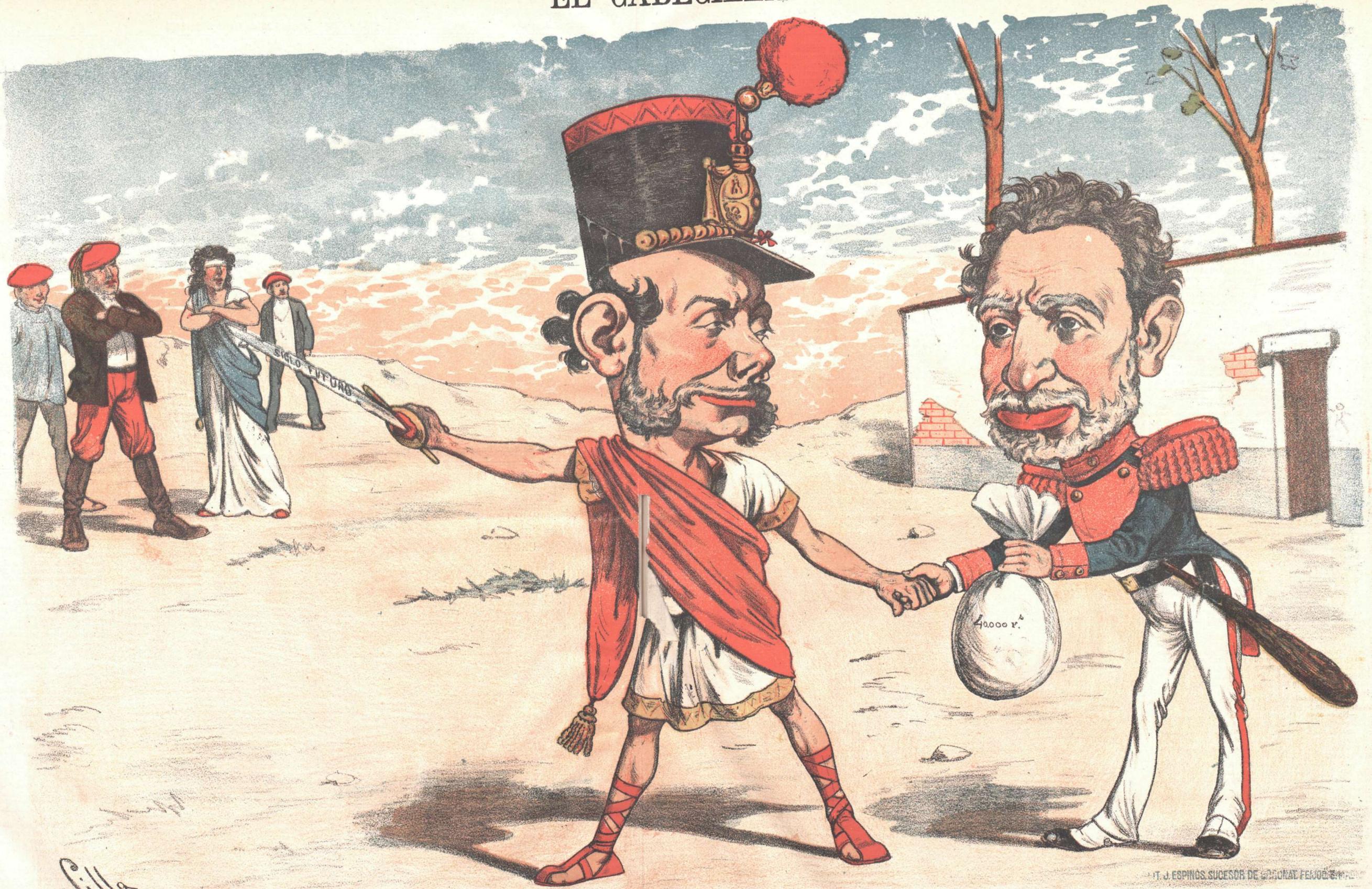
EL HOMBRE DE LOS FRACASOS.

Es cosa de quedarse cualquier cristiano con la boca abierta ante la afortunada habilidad que se advierte en todas las empresas del Excmo. Sr. de Capetillo.

Si los antecedentes del individuo no fueran tales que bastan para poner en guardia contra él á quien conserve todavía un resto de buen sentido, la felicidad con que ha llevado á término sus planes y proyectos, nos arrastraría hacia su linda personilla con aquella atracción poderosa que el éxito constante da á los hijos predilectos de la fortuna.

No somos bastante viejos para recordar cómo el hombre llegó á ministro; pero, según los datos que

EL CABECILLA.



El pacto está concluido
Aunque alguien me llame vil

Tú me das cuarenta mil
Y yo reviento al partido.

tenemos, hubo de acumular defecciones, y apostasias, y golpes de audacia, y descaradas insolencias, y discursos a lo Romero Robledo, para conseguir una cartera que conservó muy poco tiempo, y que no han vuelto a ver más sus tristes ojos, a pesar del incesante culebreo de su vida política.

Desde entonces acá, la saliva que el hombre ha gastado, las diabluras que ha hecho, y los callejones sin salida en que se ha metido, darían materia para escribir un tomo de aleluyas con todo género de pintorescos grabados.

No pudiendo ser jefe del moderantismo, creó una fraccioncilla neo-católica, basada en los principios que sostuvo Donoso Cortés al fin de sus días, y con ella se propuso llegar a la Presidencia del Consejo de Ministros; ya que no por otra cosa, por competir con González Bravo, su próximo deudo, a quien miraba con más envidia que caridad.

Echó el infeliz los bofes, y lo único que consiguió, fué malquistarse con los hombres de más valer de su propia fracción, que, no pudiendo tolerar su diabólica soberbia, le dieron un soberano puntapié con el respeto debido a su excelentísima y gallardísima persona.

Fundó entonces *La Constancia*, creyendo humildemente que iba a salvar el trono de Isabel II, llevando a sus pies a lo más numeroso y granado de la España católica y tradicional, y a los pocos meses nuestro hombre tuvo que meterse diez codos bajo tierra, y hacer callar para siempre a su periódico, porque la revolución, con la que su perspicacia política no había contado, dió un revés a las mixtificaciones neo-católicas y moderadas, y obligó a todo el mundo a optar por cualquiera de los extremos que se ofrecían a la pública consideración.

Poco a poco fué asomando el hombre las narices para oler lo que se guisaba fuera de su cado. No creyó que el partido carlista despertaría con virilidad y firmeza de su pasado letargo, y el visor visor hambrecillo prometió solemnemente, bajo su firma, que se quedaría solo con Isabel II, aunque todos la abandonaran.

¡Si tendrá buenas narices el mozo! Pero sucedió que el partido carlista dijo a la revolución: «ahora nos vamos a ver nosotros las caras.» Y ya con este sintoma, el hombre juzgó conveniente rectificar su opinión, y encerrando, con harta pena suya, los admiñuculos de miliciano nacional en un armario donde conserva las alhajas de familia, pidió prestada una boina, y con ella en la mano (porque en la cabeza no se la ha puesto nunca) fué a pedir modestamente unos cuantos distritos a los carlistas, a cambio de su adhesión a la causa de la monarquía verdaderamente católica y tradicional.

El infeliz tuvo que cantar la gallina de nuevo, reconociendo que hasta aquella misma hora había sido uno de nuestros más ilustres y celebrados mamelucos.

¡Bien marchaba a la sazón el partido carlista! Todos unánimes y conformes, sin que nadie quisiera imponerse a nadie, siendo la autoridad del Príncipe la primera que estaba dispuesta a ceder a las manifestaciones del pueblo carlista (como sucedió en las Provincias vasco-navarras, que obraban con independencia absoluta de la Junta central y de los delegados ó representantes de D. Carlos), se aceptó la idea de acudir a las urnas, y aparecieron en el Congreso sesenta ó setenta diputados carlistas, unidos como los granos de una espiga ó como los buenos hijos de una honrada madre.

A poco, el hombre de nuestros pecados se empeñó en que había de ser, como de costumbre, el primerito entre los primeros, y, sacudiendo un revés a Orgaz y una bofetada a Aparisi, se colocó en el punto que ambicionaba, y desde aquel mismo momento todo se lo llevó la trampa.

Empuja por aquí, excomulga por allá, no quedó apenas titere con cabeza en el hasta entonces compacto y unánime partido carlista. Ordenóse nueva lucha electoral, y el hombre que se había propuesto dejar tamariños a los que le habían precedido en la dirección de los negocios del partido, apenas pudo sacar triunfantes a la mitad de los candidatos presentados.

Triunfo colosal como todos los que había obtenido hasta aquella fecha!

—No es posible la guerra, decía con la melodramática entonación del hombre que está seguro de sí mismo.—Acabó la época de las partidas y de los levantamientos populares. Lo que se va a hacer es un disparate mayúsculo, en el cual no tengo la más pequeña responsabilidad.

Y, en efecto: 80,000 hombres armados por el entusiasmo popular levantáronse para desmentir al insigne político, cuyas narices seguían oliendo lo contrario de lo que se guisaba.

Aquellos 80,000 hombres que el pueblo español dió, y que muchos de los generales tan adheridos hoy al Sr. Nocedal se encargaron de perder, asombraron al ex-ministro moderadete, que luego se irritó porque no habían traído a Madrid a D. Carlos, aunque el individuo en cuestión no les había ayudado ni con el valor de un perro chico.

Viendo el triunfo de los liberales, se apresuró a escribir, para disponerse a hacer una nueva evolución hacia su antiguo campo, estas terminantes palabras: «La causa personal de D. Carlos ha muerto para siempre.»

Pero en seguida comprendió que había dicho una solemne simpleza, y que éste, como todos sus demás cálculos y proyectos, había fracasado también; y ¿qué hizo? Pedir y obtener la representación omnimoda de D. Carlos, para afirmar precisamente un día y otro que la causa personal de D. Carlos está más viva que nunca.

Abroquelado con sus poderes, quiso tener a todo el partido carlista a su disposición para que se suscribiese por de pronto a *El Siglo Futuro*,—la finca mejor de la familia,—y para hacer luego con D. Carlos alguna diablura; y nada: ni todo el partido carlista, ni siquiera la mitad, ha hecho caso de sus excomuniones

y anatemas, ni el hombre ha podido hacer hasta ahora con D. Carlos más que secuestrarlo, como secuestraron los franceses a Fernando VII en Bayona.

Proyectó más tarde una peregrinación a Roma, anunciada con bombo y platillos en los cuatro puntos cardinales de la tierra, y la peregrinación fracasó.

Quiso traer una docena de diputados suyos al Congreso, y trajo dos, que triunfaron por su propia natural influencia.

Ha querido celebrar ahora una fiesta en San Isidro en honor de Santa Teresa, y no la ha celebrado.

Quiere matar a *La Fe*, y no la mata. Quiere aniquilar a EL CABECILLA, y EL CABECILLA tiene el gusto de reirse todas las semanas en sus propias narices.

Nada de lo que intenta le sale bien. El desdichado trabaja como un negro para reunir firmas: escribe circulares contra *La Fe*; dispara excomuniones tras de excomuniones contra nosotros; funda periódicos en las provincias; amenaza, bulle, seduce, engatusa y grita ¡adelante! ¡adelante! ¡adelante! y da vivas a esto, a lo otro y a lo de más allá... y ni por esas; nada florece ni prospera bajo la seca palma de su mano.

Hay algo negro y fatal en derredor de ese espíritu que todo lo aniquila; hay algo como una maldición que pesa sobre esa actividad febril, apta únicamente para la destrucción y el desgarramiento.

Todos los hombres hacen algo: ese hombre lo deshace todo.

¿Qué especie de naturaleza es la suya, para que en ella se haya encarnado el espíritu de la negación?

LA CARICATURA.

El gran Júpiter blande
La espada vencedora
Del *Saeculum venturi*.
Que ni pincha ni corta,
Mientras el buen Sagasta
Le da repleta bolsa
Con los dos mil duros
De la adorable nómina.
El Júpiter promete
Atravesar la gola
A quien a sus mandatos
Masónicos se oponga,
Y Sagasta, más tierno
Que recién hecha torta,
Con fraternal sonrisa
Dice: «Siga la broma.»
¡Oh carlistas leales
Que veís esa maniobra,
Sin tener que llevaros
Ni un mendrugo a la boca!
Dad firme en las espaldas
Del que manchó la boina
Con babas progresistas
Y esputos de las logias,
Y abran al fin los ojos
Los que con poca chola
Le siguen y le escuchan
Como bobos de Coria.

TRABUCAZOS.

A LA ZORRA, CANDILAZO.

Capetillo mayor, alta la frente,
Larga este Breve estólido a su gente:

De todo devoto hispano
Que por honrar a Teresa
Se llegue a la Santa Mesa,
Me dareis cuenta de plano,
En telegrama conciso
Que haga mil de cada uno,
O que haga un santo de un tuno
Si tanto fuese preciso.
De este modo a los Prelados
Daremos su merecido,
Volveremos a hacer ruido
Y a mostrar desenfadados,
Que todas son cosas llanas
Cuando yo a hacerlas me pongo,
Y de Papa y Rey dispongo
Con los Gagos y los Planas.
He dicho. Y os aseguro
Que al hacerlo, aunque os asombra,
Veréis brillar vuestro nombre
En nuestro *Siglo Futuro*.

Y la gente sumisa a Capetillo
Háale enviado en telegrama sencillo,
—¡Ahí es grano de anís!—según mi cuenta
Una lista lo menos de cuarenta
Pueblos, de esta Península creyente
Que a Teresa le da culto ferviente,
Y que en diez mil ciudades y lugares
Le han levantado templos, mil altares,
A los que acude siempre presuroso,
Dejando que haga Capetillo el oso.
Mas dobla ¡oh Capetillo! la rodilla,
Que te va a dar cachete EL CABECILLA,
Plagiando tus mandatos soberanos
Y largando esta Breva a los humanos:

Pueblos, quedáis advertidos
Que a las doce de mañana,
De buena ó de mala gana,
Todos de pie, y con vestidos,
Estéis en vuestros talleres,
Y bufetes, y oficinas,

Y escritorios, y cocinas,
Haciendo vuestros quehaceres,
Y nadie el mandato eluda:
Cumplido sin evasiva,
Y enviadme nota expresiva
De quien a mi voz acuda.
Si la cosa no es sencilla,
Pues yo la mando, está bien,
Y sera rebelde quien
No obedezca a EL CABECILLA.

Y vea el Capetillo mamarracho
Cuál se ha cumplido mi orden sin empacho.
En un millón (quien quiera que lo cuente)
De partes, se nos dice lo siguiente:
Rapadriegos: Con buena ó mala gana
Cien mil se han levantado esta mañana.
Cebollinos: Le anuncio, dando fe,
Que aquí todos estamos ya de pie.
Meco: A tiempo advertidos,
Cuantos tienen vestido están vestidos.
Madrid: Corte, ministros, empleados,
Aún se hallan a estas horas encamados;
Mas los otros que habitan en la villa,
Fielmente han respondido al CABECILLA.
Los obedientes suman diez millones,
Y otros cuatro que no tienen calzones,
Dejando solo al Capetillo huero
Los *purros* que hay en Quel y los de Ampuero (1).

Un papelillo, cuasi visible, cuasi persona y cuasi simple, ha tomado por hábito plagiar a un bufón *dromedarium*, *gigantorum*, *cacharrerum*. Cuando éste no publica muñeco, por mor de la economía, tampoco le publica el tal papelillo, y si el bufón dice tonterías, el cuasi persona endilga una sarta de disparates.

¡Pobre papel! Con razón
Pasas plaza de servil:
¿Quieres oficio más vil
Que el de plagiar a un bufón?

Pues oigan Vds. ahora lo que dice el *dromedarium* bufo:

«Están solos, solos con sus culpas y con su impenitencia. (¡Horror!) Pero han bajado el diapason de la voz...»

¡Qué tonterial
Y en otro lado añade:
«En vez de boca abajo, todos nos hemos puesto boca arriba (como los gatos), cansados de sufrir las impertinencias de cuatro buscavidas.»

Pero di, *tragantorum*....
¿Cuándo fuimos nosotros comediantes,
Lacayos, limpiabotas ó pasantes,
Ni amigos de danzantes,
Bufones, cacharrerum ni tunantes?

Sigue la izquierda subiendo,
El ministerio bajando,
Los cortesanos riendo,
El pueblo contribuyendo
Y Capetillo rabiando.

Y nosotros seguimos recibiendo suscripciones, que es una bendición de Dios, desde que el Califa de la Plazuela de Trujillos ha tenido la bondad de excomulgarnos.

Otra excomuni6n, *sarasa*,
Y me pones en mi casa.

Allá va un trabucazo, ó mejor una descarga cerrada, que larga al país el ministro de Hacienda por medio de *La Correspondencia de España*:

«En los primeros dias del mes próximo empezará la cobranza de la contribuci6n industrial y la del impuesto equivalente al de la sal correspondiente al trimestre actual.»

¡Contribuci6n industrial!
¡Luego impuesto de la sal!
¡Todo en el trimestre actual!...
¡No sea usted animal!

Porque a tu noble corazón le plugo
Mostrarse agradecido a quien le exprime
Hoy, como reo encadenado, gime
De vulgar ambicioso bajo el yugo.

Chupa voraz de tu renombre el jugo,
Y sólo tu talento te redime
Del pecado mortal que en tu alma imprime
La dócil sumisi6n a tu verdugo.

Sueño ó delirio, a la verdad, parece
Que el águila al reptil le preste abrigo,
Y hasta el vuelo real que la envanece....

¡Que tu propio valer sea testigo
De que el hombre a quien sirves no merece
Ni el honor que le das con ser su amigo!

(1) Entre los partes que publica el periódico de Capetillo, hay dos que dan a estos dos pueblos más satélites de Capetillo que habitantes han tenido desde su fundaci6n.